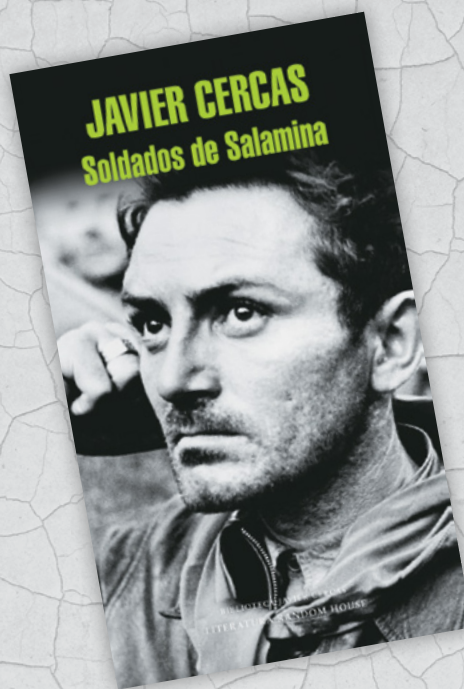


una comunidad académica o por algún otro tipo de autoridad; le basta con seres humanos curiosos, observadores y buenos lectores. Estas voces se interesan por todos los temas, ya sean sociales, culturales o históricos. Los autores usan su bagaje intelectual para avanzar en su meditación y cuestionar nuestro comportamiento, gustos y hábitos.

En términos generales, pero no con la intención de resumir un texto fundamental si se tiene curiosidad por el ensayo literario, se puede agregar que este aparece como un género espontáneo, que nace de nuestra urgencia por expresar una idea. El ensayo nos permite divagar, detenernos, corregirnos, repetirnos, avanzar y dudar de nuevo. El ensayo es camino, “es ruta” (33). Y, con esto, celebra, entonces, sus limitaciones; es más, vive cómodamente sin el afán de concluir y sobrevive, incluso, tras las refutaciones. Asimismo, puede agregarse que el ensayo es sencillo, pero intenso. Caben en él nuestro humor y nuestros apetitos.

Para concluir, *Cartas a una joven ensayista* es un libro para quienes quieren acercarse al ensayo. La obra integra el conocimiento que Giraldo tiene de este, la experiencia ganada al apostar con anticipación a su escritura y los comentarios que se derivan de su capacidad de asociar aquello que conoce como investigador y como buen lector, pues es evidente que el libro es producto de su curiosidad y de sus lecturas previas. Por otra parte, Giraldo, con su texto, sabe motivar la escritura del ensayo. Termina por sugerirnos que es en él, el género del reposo, la contemplación y la meditación, donde escapamos de las tareas diarias o de la sociedad del cansancio o del rendimiento, como diría Han. El ensayo resulta ser el género del entretiem po.

María Alejandra Arcila Yepes
(Colombia)



PERDÓN EN TIEMPOS DE GUERRA

Soldados de Salamina

Javier Cercas
Random House
Bogotá, 2015
208 p.

Quizá suene a redundancia comentar un libro tan ampliamente conocido. Confieso mi desconocimiento, hasta hoy, de una novela tan maravillosa y de las otras de Javier Cercas, que por supuesto quiero leer.

Consta de tres partes. Un prólogo, que cualquier aspirante a escritor de novela debería conocer no solo porque ilustra, mientras lo narra, el proceso de la escritura —y de esta forma la primera línea es retomada al final, cuando el personaje que relata entiende que ya tiene claro de principio a fin cómo va a ser su libro, pues lo tiene todo en su mente

y, por lo tanto, solo necesita recitarlo—, sino también porque no solo habla de técnica, sino de sentido. En la redondez que el narrador logra en la última parte reside precisamente la significación. De lo contrario, parafraseando sus líneas, sería un mecanismo incompleto.

Hay un *leitmotiv* que opera como un mojón y va señalando la ruta de la escritura que, palabras más, palabras menos, reitera su finalidad: ser memoria. Una manera de permanecer vivo en los otros, de la misma forma en que tampoco morimos mientras seamos recordados. El protagonista encarna el heroísmo anónimo de un puñado de hombres y el papel de la escritura como vehículo de recordación y testimonio:

Pensé: «Nadie se acordará de él cuando esté muerto». Volví a ver a Miralles caminando con la bandera de la Francia libre por la arena infinita y ardiente de Libia, caminando hacia el oasis de Murzuch mientras la gente que caminaba por esta plaza de Francia y por todas las plazas de Europa atendiendo a sus negocios, sin saber que su destino y el destino de la civilización de la que ellos habían abdicado pendía de que Miralles siguiera caminando hacia delante, siempre hacia delante. (Cercas, 2015: 178)

Pero volvamos a la primera parte. Al principio, el lector confunde las palabras del narrador con las del autor, cuando en realidad quien habla es un ser de ficción, un periodista, escritor fracasado, que por azar se encuentra con la historia de Sánchez Mazas, el fundador ideológico del falangismo —que luego Franco usaría para posicionarse en el poder—, y del hecho insólito vivido por este durante la guerra civil en España, cuando escapa de milagro al fusilamiento y corre a esconderse en el bosque. Allí lo encuentra un soldado republicano que inexplicablemente le perdona la vida. Las motivaciones de este soldado para perdonar a su enemigo, la escena en sí misma, intrigan al periodista. El tema lo apasiona, lo sacude del marasmo en que venía sumergido por años, al punto de convertirse en una obsesión de la que no puede librarse hasta que escribe el libro; y en su transcurso, describe el proceso de investigación que fue necesario llevar a cabo para dar solidez al relato histórico que emprende; las vicisitudes que lo embarcan, las dudas, entusiasmos y fracasos; la honradez en la búsqueda; la pregunta que ha de guiar y dar sentido a lo escrito; el contacto con los seres de carne y hueso que han de nutrir las páginas..., entre otros aspectos

que atañen a los previos de la creación y hacen de esta primera parte un capítulo bien interesante.

El tema es real: la guerra civil española entre franquistas y republicanos. Durante toda la narración se reitera este carácter de realidad, agudizando la ficción; cierto es que expresa una verdad que golpea la sensibilidad del lector y hace inolvidable su lectura, y también que los personajes son históricos. El único enteramente imaginado es Conchi, la pitonisa amante del narrador, cuya personalidad da un matiz de levedad y humor a los hechos, además de contrastar, por su carácter pragmático, con la del periodista. Todos sabemos de la guerra civil de la que se habla, que sí aconteció y terminó en 1939; como real es la muerte de Antonio Machado (que allí se menciona) y el sacrificio de miles de republicanos derrotados por el fascismo, en cabeza de Franco —y maquinado desde la retaguardia por Stalin, como bien lo cuenta Padura en su libro *El hombre que amaba a los perros*, cosa que aquí no se menciona—, y también los años de dictadura que siguieron.

En la segunda parte inicia la narración propiamente dicha, aunque uno cree que ya le han contado todo, y, por lo tanto, el lector tiene la sensación de estar sumergiéndose en una estructura de círculos concéntricos que cada vez profundizan más en lo mismo. Y en parte es cierto, porque vuelve y repite la historia de Sánchez Mazas, pero no por ello decae el interés, pues se centra en la biografía del líder falangista y, al mismo tiempo, él y el resto de personajes van adquiriendo la carnadura necesaria, haciéndolos renacer con total verosimilitud, resaltando el motivo aparente de la novela hasta este momento:

Éste consistía en escribir una suerte de biografía de Sánchez Mazas que, centrándose en un episodio en apariencia anecdótico pero acaso esencial de su vida —su frustrado fusilamiento en el Collell—, propusiera una interpretación del personaje y, por extensión, de la naturaleza del falangismo o, más exactamente, de los motivos que indujeron al puñado de hombres cultos y refinados que fundaron Falange a lanzar al país a una furiosa orgía de sangre. (131)

Sin embargo, cuando creemos que se nos ha contado todo acerca del aparente protagonista —Sánchez Mazas—, cuando los lectores pensamos que ya todo está dicho, empieza la última parte, la que hace magistral la novela, porque es hermosa y conmovedora. Solo

al final uno entiende cuál era esa pieza que faltaba: la aparición del verdadero protagonista y del sentido profundo de la historia.

El narrador revisa lo escrito y se siente devastado por el fracaso: "... el libro no era malo, pero insuficiente, como un mecanismo completo pero incapaz de desempeñar la función por la que ha sido ideado porque le falta una pieza" (132).

Javier Cercas se da el lujo de guardar para el remate al personaje principal, solo referido como secundario a lo largo de la tramoya y que, por lo mismo, cuando entra en escena y se va vistiendo con todos los aspectos de su personalidad, adquiere una fuerza y un magnetismo tal, que al lector no le queda duda de la enorme carga humana que posee y en qué consiste ser un héroe, ese que justifica ser rescatado por la memoria del escritor para que no permanezca en el injusto anonimato, para que cada uno entienda hasta qué punto sus acciones colaboraron a liberarlos de la opresión fascista, aunque él mismo no se lo crea, porque dice: "Los héroes sólo son héroes cuando se mueren o los matan. Y los héroes de verdad nacen en la guerra y mueren en la guerra" (181).

Miralles es un soldado republicano que luchó contra el fascismo, a través de él se muestra la otra cara de la historia, pues si se contara solo desde la perspectiva de uno de los bandos, quedaría incompleta. Al principio, Sánchez Mazas había sido "justificado" por sus delirios de clase y porque sus motivaciones obedecieron más al deseo de conservar los privilegios a los que se creía con derecho, sin prever nunca las dimensiones de lo que estaba cimentando con sus ideas y escritos: la tiranía que luego implementó el oportunista de Franco. Y cuando lo supo, ya era tarde y, además, tuvo mayor peso para él la comodidad en la que vivía y la que se apoltronó hasta la muerte. El precio que pagó fue alto, dejó de ser el escritor que pudo haber sido, aunque lo fue, pero menor, a pesar de contar con el talento para ello.

Miralles nunca admite haber salvado a Sánchez Mazas cuando este huye del fusilamiento y se lo encuentra en el bosque, aunque el narrador está convencido de lo contrario, y este enigma enriquece la historia, pues la respuesta al interrogante queda en manos del lector, quien se solidariza con la afirmación del hecho, gracias a todos los indicios que la trama le entrega.

Ya en el epílogo, en donde sí habla el autor, este dice a posteriori sobre *Soldados de Salamina*:

Por lo demás, todo el mundo entiende con razón que el gesto del soldado que salvó a Sánchez Mazas es un gesto de piedad; que yo recuerde, casi nadie ha notado que es

también un gesto de coraje: hemos olvidado la naturaleza real de las guerras, así que ya no recordamos que, en una guerra real —no digamos en una guerra tan cruel como la guerra civil española—, no matar a un hombre al que hay que matar, o no hacerle como mínimo prisionero, suele costar la vida de quien lo hace [...] Lo cual significa que, fuera o no Miralles, el soldado que salvó a Sánchez Mazas no sólo salvó la vida de un enemigo; se jugó la propia vida para salvársela. Razón de más para considerarlo un héroe. (205)

Un héroe que se enaltece más con su carácter anónimo y solitario, porque no hace alarde de su gesto. Este es un planteamiento central de la novela: el heroísmo del perdón en tiempos de guerra.

Una novela como esta solo pudo surgir cuando ya los protagonistas habían muerto, y sus descendientes, entre ellos Javier Cercas, que había escuchado estos relatos de niño, pueden reconstruirlos poniendo en la balanza los hechos de ambos lados, sus motivos, el absurdo que hace que los hombres de un mismo país se dividan en bandos y se maten entre ellos.

Emma Lucía Ardila (Colombia)

